

TEATRO INVISIBLE de Matarile

Por Fernando Llorente



Crítica de "Teatro Invisible" primera de las 3 actuaciones en la 25+1 Muestra Internacional de Teatro Contemporáneo de Santander.

### LECCIÓN TEÓRICO-PRÁCTICA DE TEATRO

Con reflexión entreverada de emoción, o emoción engarzada en la reflexión; con poesía trufada de filosofía, o filosofía con alas de poesía; con humor cernido en el cedazo del amor, o amor destilando humor; con luz que burla a la penumbra, o penumbra cómplice de la luz: son los andamiajes sobre los que se articula la original propuesta escénica que Ana Vallés, de Matarile Teatro, protagonizó el pasado día 26 de noviembre, primera de las tres funciones, con las que el día 28 se clausurará la 25+1 Muestra Internacional de Teatro Contemporáneo UC. "Teatro invisible" es su título, obra en la que se ve lo que se hace, pero no lo que se dice, que es el sustrato profundo de lo que se hace y se ve. Lo invisible se agazapa en lo visible, como la otra cara de la luna, sin la cual no sería luna. Ni el teatro, teatro, sin lo invisible.

Son varios y variados los argumentos de autoridad -Huberman, Deleuze, Pasolini, Kantor-, que avalan un modo de hacer un teatro, el de Matarile, al tiempo que se representan, no siempre con fidelidad a los mismos, y sin eludir el cuestionar la utilidad del teatro y la entidad del intérprete, para concluir la utilidad de lo inútil, paradoja concerniente a toda forma de manifestación artística. Ana Vallés imparte una lección-teatro, o representa un teatro-lección -teoría ilustrada con práctica, o práctica transida de teoría- a un alumnado-público cercano, que se ha elegido a sí mismo para ese papel, con el que comparte espacio escénico, en una invitación a plantearse su cometido en el hecho teatral. Entre los referentes artísticos -Sara Molina, Chabela Vargas - o literarios - Melville, Jane Alexander-, un nombre, con algo del de Kantor, toma cuerpo en el de la actriz: el de Kazuo Ohno, bailarín de butoh, al que Ana Vallés, en un trabajo corporal encomiable, emula evolucionando por momentos con la extrañeza de movimientos propios de esa danza japonesa, danza "hacia la oscuridad", que la lleva a un patio de butacas vacío, que su presencia, menuda, llena, bajo una luz fantasmagórica -la iluminación cumple un papel principal en la función-, en donde se hace visible el público que no está, para quienes se esfuerzan en aprender a mirar(se) adecuadamente. La lección de teatro protagonizada por Ana Vallés impele al espectador a ver(se). A salir de la "clase muerta" (Kantor).